

Jerónimo Alfredo Córdoba

Dos cuentos

Primer premio del Sexto Concurso Literario para Cuarto y Quinto Años del Nivel Medio

En el interior

Era como el paraíso. Cómo describirlo. No hay palabras para explicar lo bien que me sentía viviendo en este lugar. El clima era cálido, el ambiente agradable y la comodidad espectacular. Sin duda un paraíso. Para colmo, no tenía que preocuparme por nada, ya que tenía absolutamente todo servido.

Hace tiempo ya.

En un principio la vida en este lugar fue muy placentera, pero al cabo de varias semanas, comencé a sentirme molesto. Algo me faltaba. Mi vida transcurría muy lentamente y se hacía monótona.

Aún ahora, varios meses después de mi llegada, a pesar de que el lugar es maravilloso, no puedo adaptarme al ocio. Necesito hacer algo, no puedo estar aquí sin hacer nada.

Para colmo, anoche no pude pegar un ojo debido a los ruidos de mis vecinos. Las paredes de mi casa son muy delgadas, por eso oigo todo. Es insoportable.

Sin embargo, hay algo que me molesta más que los ruidos. No sé si será que me estoy convirtiendo en gigante o si la casa se está achicando; tal vez esté enloqueciendo, pero me siento aprisionado. ¿Me estaré volviendo loco?

No me soporto. El lugar está viciado por un aire extraño, desagradable.

No hace mucho tuve una pesadilla que me llamó la atención. Me produjo temor. Soñé que alguien me ataba las manos sobre el pecho y las piernas entre sí, y cuando me tenía totalmente inmovilizado, comenzaba a torturarme pinchándome con un cuchillo. Tenía en la cara una sonrisa diabólica; gozaba con aquella situación. La desesperación me había dejado sin palabras. Gritaba, y gritaba pero no emitía sonido alguno. ¿Cómo una persona puede ser tan perversa como para querer hacer daño a otra que para colmo está indefensa?, pensé.

El sueño me perturbó varios días. No podía dormir, pero no a causa de mis vecinos, como antes, sino debido a la inquietud que me había infundido aquel sueño. Necesitaba hablar con alguien, alguien

que me consolara, que me cobijara en sus brazos, que me dijera: «no temas, puedes confiar en mí, yo te cuidaré». Pero estaba solo. A veces me parecía oír, lejana, sorda, una voz suave como un susurro. Muy dulce, pero imposible de confirmar si se trataba de una ilusión mía. No le daba importancia. Sin embargo, esta voz fue tornándose familiar. Y me transmitía paz, calma, seguridad.

El horripilante sueño continuó repitiéndose durante varios días. Intrigado, decidí consultar a uno de mis vecinos, un anciano de mucha experiencia. Hablamos durante lo que pareció una eternidad. Era un tipo realmente interesante.

Le conté sobre el sueño que había tenido. Se extrañó de que fuera a hablar con él por una pesadilla pero le aclaré que lo que me había asustado no era la pesadilla en sí, sino lo real que me había parecido el sueño.

—Aquel sueño me hizo reflexionar si sirve de algo quitarse la vida para redimir el dolor —le dije.

—No creo que la muerte pueda librarnos del dolor que sentimos —comenzó—, los sentimientos se llevan en el alma y al quitarnos la vida, lo único que muere es el cuerpo, lo físico, lo material. Decime, ¿no te parece un acto canallesco el suicidarse para dejar de sufrir? Es como querer fugarse del dolor, en vez de enfrentarlo.

—Sí, pero dígame. ¿Cómo puede ser que haya personas tan perversas como para querer hacer daño a otra?

—Mirá, esta cuestión la podés mirar desde dos perspectivas completamente distintas. Dios todo misericordioso quiere lo mejor para nosotros, por lo tanto, no permite que nos lastimen. El tema es la forma que encuentra Dios para sacarnos de esta vida pasajera, para llevarnos a un plano superior, ideal, mucho más hermoso y placentero que el que estamos.

«Por eso —continuó—, la forma en que una persona se va de este mundo material, suicidio u homicidio, puede ser considerado de varias formas. Lo podemos entender desde el punto de vista de que la

culpa es de Dios, que no es benevolente, que no cuida ni ama a sus hijos y que desea lo peor para ellos. Que un simple mortal puede liderar sobre la vida de sus hijos; que Él, "todopoderoso" y "misericordioso", se deja vencer por sus propios hijos. O se puede pensar que Dios nos puso donde estamos para cumplir una función, y una vez cumplida, nos retira del campo de trabajo.

«Ahora, la forma en que nos saca va a depender de si acabamos con nuestro trabajo, o no. Por ejemplo, un padre necesita aprender a superar la idea de la muerte de su hijo, para completarse como ser humano. Dios sabe que eso es lo mejor para él, por lo que manda a uno de sus hijos a cumplir el mismo rol, pero en la tierra. A determinada edad, Nuestro Padre decide que es tiempo de ejecutar el plan y organiza una tramoya para morir. Todo fue planificado por Dios, no porque nos odie, sino porque sabe que es lo mejor para nosotros.

«Entonces, no tenés por qué temerle a la muerte, ya que es un instrumento de Dios para el bien de las personas. Es un acto divino. Si para Él ya cumpliste tu labor, no tenés por qué estar más aquí. Además, si te vas, pronto vas a estar de nuevo, ya que todo lo que termina es para comenzar algo nuevo. En cuanto se te abran nuevas puertas, no dudes en abrirlas y entrar. Esa pueda que sea la señal de que tu trabajo aquí ha finalizado. Quiero dejarte con una frase que escuché hace varios años; espero que la entiendas, te va a ser muy útil. La frase es: «El fin no es más que el comienzo». Ahora por favor andáte que tengo cosas que hacer.

Cómo me sirvió el haber hablado con mi vecino. Sin embargo, sentía miedo. Un temor confuso. No era miedo a algo o a alguien, sino miedo de cambiar. Me sentía extraño.

No sé porqué estaba tan irritado, vivía quisquilloso, pataleaba y hacía alardes por cualquier cosa. No sabía si el problema era que estaba mutando, o si era mi casa.

—Estoy seguro, mi departamento se achica cada vez más. Por eso me siento ahogado. Tengo que salir a pasear, no puedo seguir aquí encerrado. Pero esa salida tendrá que esperar, ya que tengo que ordenar algunas cosas —decía.

Una noche, mientras dormía, sentí una voz cuya calma me elevó a tal estado de paz que hizo que des-

pertara exaltado. Recorrí mi mundo asustado. No había nadie. Temí más. Las palabras quedaron suspendidas en el aire. Las seguía oyendo: «Te estoy esperando. Sal a recorrer el mundo, no temas. Aquí estoy para ayudarte. Seré tu guía. Confía en mí». Luego de oírlas, quedé dormido. Seguro, acompañado.

—¿Qué será aquella voz que oí la otra noche? —me pregunté un tiempo—. No sé ni me importa. Me gustó, y quisiera seguirla escuchando.

—Hay algo que me inquieta —reflexioné una noche—. Son varias las coincidencias acerca de que debo salir a explorar. Primero mi vecino, luego la voz misteriosa. ¿Por qué tengo que salir? ¿Qué habrá allá afuera? Ahora tengo miedo de hacerlo. Tanto me promocionaron el afuera, que ahora le temo. No quiero salir. Sé que me incomoda este lugar, pero tengo desazón de salir.

—En realidad me encanta el lugar en el que estoy, no necesito salir a explorar. Mi lugar es éste —me mentía.

—Estoy empezando a tener demasiado calor aquí, no soporto. El departamento me queda chico, quizás deba solicitar al propietario uno más grande —decía para mis adentros.

—¿A quién quiero engañar? Este lugar no es más para mí. La voz y el anciano tenían razón. Tengo que explorar. Puede que afuera me encuentre con un lugar mejor que aquí —concluía.

Esa noche oí nuevamente la voz; pero esta vez, con menos miedo, entablé conversación.

—¿Quién sos? —pregunté.

—Alguien que quiere lo mejor para vos, y que con ansias te está esperando.

—¿Acaso sos Dios, y venís a buscarme? ¿Terminé mi tarea aquí y querés llevarme contigo?

—Algo así. Pero quiero que sepas que no tenés por qué temer. Yo te voy a cuidar. Confía en mí, ten fe, y pasarás a una mejor vida.

La voz se desvaneció y por más que la busqué, no pude ya encontrarla. Pasé la noche desvelado, recordando y meditando sus palabras.

Esa noche fue decisiva para mi vida. Me llenó de fuerzas, esperanzas. Me alegró profundamente, y ni los ruidos de mis vecinos; ni el calor sofocante de mi diminuto departamento, lograron opacar lo que sentí ese día.

—Está decidido, voy a salir —decía exaltado—. Voy

a indagar, maravillarme con la inmensidad de aquel mundo diferente, quiero endulzar mis ojos con paisajes distintos al que estoy acostumbrado a ver, tengo deseos de admirar. Necesito salir, despegarme de esta gratificante, pero abrumadora soledad. Siento..., no sé cómo describir lo que siento. Siento; nada más.

Estaba muy emocionado, quería empezar a vivir.

Me dirigí a la salida. Había llegado el instante esperado. Estaba contento. Miré hacia atrás.

—Voy a dejar toda una vida —pensé—; se acabó. Estoy triste pero contento a la vez, porque sé que terminó mi tiempo aquí; tengo que crecer, madurar.

Salí. Vi luz; una luz enceguecedora. Tenía miedo. Estaba emocionado, tenía ganas de salir, pero... pero tenía miedo de encontrarme con el nuevo mundo. Retrocedí, pero me di cuenta de que no podía seguir viviendo en aquel lugar. Observé todo por última vez. Miré la luz nuevamente, junté valor y salí.

En ese momento, sentí que me tomaban por la cabeza. Comencé a moverme desesperado.

—¿Qué sucede? ¿Qué está pasando?

Nadie me respondía. Comencé a llorar, a patallar. No quería dejar mi vida anterior. Ahora la extrañaba.

Luego me tomaron de la panza y quedé completamente afuera. La forma en que me trataron y la luz enceguecedora me produjeron un llanto aún más agudo y desesperado, en reclamo de mi pasado.

Luego oí aquella voz, ahí nomás, cerca de mí, a mi lado. Me pusieron en brazos de la dueña. Sentí amor, paz, seguridad.

—Sal, recorre el mundo. No temas, aquí estoy para ayudarte. Seré tu guía; confía en mí —dijo mi madre.

Dejé de llorar.

Final

La noche iba cayendo y yo me arrastraba hacia el hospital con la pierna y media detrás de mí. El dolor me estaba matando; sentía como si me estuvieran cortando con un serrucho el muslo izquierdo. Sin embargo no dejaba de pensar en mi familia; mi mujer y mi hijita de siete meses.

Totalmente desiertas estaban las calles, y un mar de sangre las recorría de punta a punta. Cadáveres por todos lados: niños, ancianos, hombres y mujeres, componían el escenario de aquella ciudad que

alguna vez fuera tan hermosa; y ahora tan sólo el resultado de una devastadora guerra.

Finalmente, ya en la esquina del hospital sentí la muerte a mis espaldas y mis esperanzas cada vez más lejanas.

El hospital estaba completamente destruido, y el pensar que debía arrastrarme cuatro cuadras más hacia el próximo me debilitaba aún más; sin embargo la idea de reencontrarme con mi esposa y mi hija me llenaba de energías.

La primera cuadra la hice medio inconsciente.

Casi llegando a la esquina de mi casa, por donde solía haber una escuela, pude ver unos movimientos provenientes de la misma. Era una niña, de unos siete años, junto al cuerpo de lo que parecía haber sido su madre. El cuerpo estaba destrozado. Un manto de sangre lo cubría de pies a cabeza, no se podía distinguir si lo que había al costado de su cara era una pedazo de escombros o un ojo.

La niña lloraba desconsoladamente. No me animé a acercarme a ella. Me hacía acordar a mi hija.

Seguí de largo. Llegando a la puerta de mi casa, casi no pude reconocerla entre las de la cuadra, ya que sólo había escombros. Entré y vi dos cuerpos, uno encima del otro. El de arriba era mi mujer, con la espalda descubierta y toda cortada, con un vidrio que la atravesaba. Separé los cuerpos. Debajo estaba mi niña. Aquella imagen casi me aniquila. Ver a mi hijita ahí tirada con los ojos abiertos, como mirándome. Era demasiado. No podía más, la angustia y el dolor eran más fuertes que yo. Una sola cosa se me pasó por la cabeza en ese momento, el nacimiento de mi pequeña.

Estuve junto al cuerpo unas dos horas, llorando, desangrándome como una vaca en el matadero, sufriendo como un desgraciado.

Mi llanto desconsolado, la temerosa soledad del lugar, y el olor a muerte que se percibía en el ambiente me aterrorizaban.

La noche llegó, y con ella las estrellas. El sonido de los insectos inundó la ciudad. Era lo único que se oía. No me quedaba nada más que esperar la muerte. El miedo había pasado.

El cansancio me invadió. Por más que luchara, no lograba mantener mis ojos abiertos.

El sueño me venció; probablemente un sueño interminable. Me quedé dormido. No desperté más.